

LIBROS

Homenaje a Herrera Petere

Toda la obra de Herrera Petere, uno de los grandes poetas del exilio, es un recuerdo vivo y permanente del alma de España. Sus primeros poemas respiran el aura de la pulverización anarquista y revolucionaria del lenguaje, de la algarabía surrealista. En 1931 publica, con el pintor Juan Manuel Díaz Caneja, un periódico que titulan: "Ya ha llegado la hora de que se casen los curas", y con este epígrafe abre el camino de la libertad imaginativa de la poesía moderna. También colaboró en "Octubre", revista que dirigía Rafael Alberti. Durante la guerra civil fue el poeta del V Regimiento y autor de las más célebres canciones populares de la guerra civil. Después de la derrota llevó consigo, arropada en su alma, la esencia del grave mensaje de los sufrimientos del pueblo español. En México escribe una novela, "Cumbres de Extremadura", con una técnica perfecta, sobre la actividad guerrillera. En 1957 publica en Buenos Aires "Carpio de Tajo", un drama popular de honda rai-gambre clásica lopista, un Fuenteovejuna del siglo XX, de tensa construcción teatral y figuras concretas y vivas. Toda su obra poética es desnuda, podada de sobras y de un lirismo esencial. Después de los "Poemas de la guerra civil", la nostalgia le arrastra a escribir ese vasto y admirable poema "Hacia el Sur se fue el domingo", celebrado por Alberti como un canto adorable y alado en búsqueda del sol consolador de Andalucía desde las nieblas suizas. También publica "El incendio", "Arbol sin tierra" y "Del Arve al Tajo". Desde Suiza, país en el que ha fijado su residencia, nos llega su último libro, "Cenizas", en el que se invoca la presencia de una España popular sentida a través de su conciencia dolorosa.

La evocación poética del drama español comienza con los



Herrera Petere, poeta en Ginebra.

mineros asturianos arrancando su propio carbón, trabajo callado y subterráneo. El poema es un canto al murmullo de la palabra secreta que se hila entre las voces silenciosas del temor:

**"Los mineros tienen voces de tal padecer humano que amaneciendo contemplan el crepúsculo cantando".**

Herrera Petere es el poeta no sólo de la nostalgia, sino de la esperanza. Jamás la tristeza y la derrota abaten su canto. Es el propio vencedor de su melancolía y de su desaparición. En la profundidad del silencio de la noche, presente que hay amanecer albos, mañanas que cantan. Y un día, desde la oscuridad negra, desde el silencio negro de las minas, se saldrá cantando a la luz clara del Sol.

En otro poema nos canta una sequía que convierte España en un desierto de lobos, una Castilla ardiente, falta de agua y sin poder invocar al Cielo, porque también está vacío. Ante este cuadro de soledad y dolor, el poeta no se arredra y, aun cuando sufre "un dolor antiguo", sabe que "tu eres poeta, llegarás al infinito". Y un horizonte de posibilidades paradisíacas se abre en esta tierra yerma, seca y ardiente de Castilla.

A veces, la nostalgia le hunde en una tristeza oscura, impenetrable, como en el poema "La nevada":

**"¿Qué paloma eres tú, nieve, en el viento?"**

presencia angélica blanca que le

trae un engañoso y fantasmagórico regocijo, pues esta

**"Misteriosa alegría ha de volverse ante los corazones helados de pesadas sombras".**

Y termina:

**"La belleza es negra".**

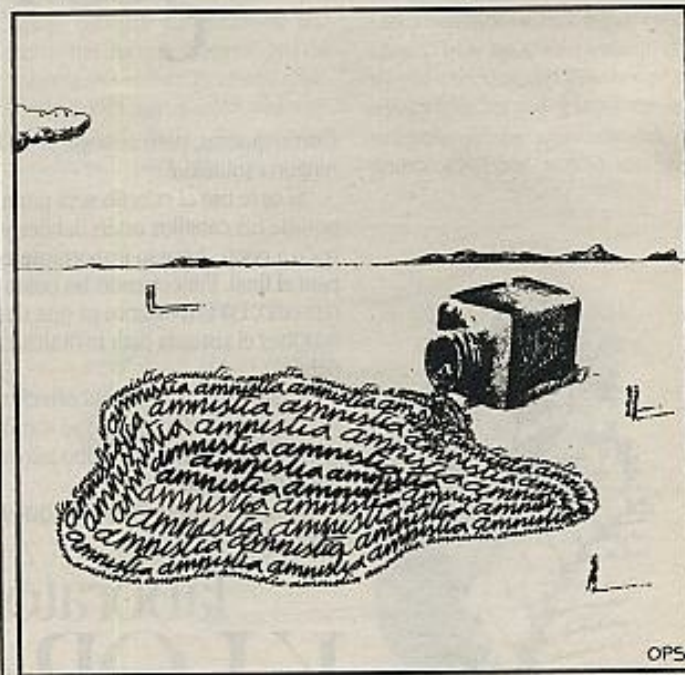
El profundo poeta que es Herrera Petere no se deja seducir ni encandilar por las apariencias de la verdad, pues sabe que "todas esas realidades son del tipo de parentales objetivos, simples reales, sin reali-

dad de verdad", al decir de García Bacca. Como las misiones son apariencias evanescentes, descubre, tras sus resplandores gozosos, la negra tristeza de la verdad. Un verdadero poeta desenmascara la mentira ficticia de un mundo que juega a la representación teatral de la alegría, y no se engaña a sí mismo ni admite consuelo.

El deber poético de un poeta en el exilio no es entregarse a la tristeza, sino resistir y afirmarse a sí mismo, aun cuando sufra por el alma de una España peregrina. Así, en sus poemas "Arboles", "Bosques" y "Un árbol en la sombra" dibuja la congoja oscura de unos "árboles vivos que bajáis callando", que evocan la tristeza, el desamparo del hombre; pero en la noche se columbra una luz roja que nos enseña el camino que va hacia España. También el poema "Bosques" nos canta la apertura de oscuridad sombría hacia un horizonte español:

**"Allí el gozo se deja trascen-  
[der  
ir a Castilla  
donde el amor se podrá pro-  
[clamar  
sobre una piedra fría,  
donde el amor se podrá suble-  
[var  
bajo una nubecilla trasparen-  
[te".**

Es indudable que esta poesía de la nostalgia puede llevarnos a una peligrosa idealización de España y de lo español, como seguro puerto de salvación contra las asperas y crueldades



OPS

del exilio. Hemos visto cómo esta "saudade" llevó al gran poeta Cernuda a una exaltación de Felipe II, El Escorial y todas las virtudes tradicionales de la derecha clásica, por oposición al frío y calculador racionalismo sajón. Sin embargo, Herrera Petere, aun en su dolorosa quejumbre lírica, no cae jamás en la falsificación mítica de una España ideal, pese a sus condenas implacables del ambiente burgués suizo. Sabe llevar su evocación y detener sabiamente su canto en el límite exacto. Y como sabe tenerse en pie contra el abatimiento, canta al árbol que resiste duro:

"Yo quisiera ser un héroe como tú, cuerpo en la niebla como tú, árbol en sombra como tú, fuerte presencia".

El más emocionante poema de este libro, "Poetas en Ginebra", constituye una dramática y espeluznante figuración de los poetas desterrados, sin patria:

"¡Oh poetas sin tierra, como [yo condenados a arañar sus palabras en las [rocas del rojo anochecer de días [cansados!"]

"Poetas perseguidos contra el muro".

Herrera Petere refiere su drama, buceando en sí mismo, para encontrar el rostro verdadero del personaje responsable de sus horas y de sus días, hasta descubrir que la poesía es un éxtasis encantado, resplandeciente de



su memoria y que está detenido e inmóvil, prisionero de su recuerdo. Sin embargo, como es un poeta lúcido y penetrante, se percata de que la Historia continúa, aunque su yo se encierre en la meditación poética.

El tiempo fluye, deslizándose a través de las aguas claras y turbias de los acontecimientos. Y la poesía, "palabra en el tiempo", decía Machado, esa empresa de la nostalgia que nos vuelve siempre hacia atrás, al recuerdo paralizador, tampoco puede congelar el movimiento histórico que avanza incontenible hacia su fin. Y hasta el mismo poema,

"Nos dice que la Historia continúa  
Del Arve al mar  
Del Arve hasta Toledo",

sacudiéndose así la modorra de la eternidad. ■ CARLOS GURMEZ.

## Lasso de la Vega: Recuperación de un sevillano maldito

Hasta ahora, del poeta sevillano Rafael Lasso de la Vega se sabía bien poco: que le había dado un mortal jamecuco en la puerta giratoria del Ateneo-ex-de-Blasco-Garzón; que tenía una rara obra entre modernista y creacionista; que era marqués de algo, como Fernando Villalón, y —finalmente— que había corrido mucho mundo para que al final de su vida "cuatro compadres" de los que estigmatizó Cernuda se lo vinieran a tomar aquí a chacota.

Pero, por fortuna, a los raros, malditos, olvidados herejes, heterodoxos e iconoclastas sevillanos les va llegando a todos la recuperación, por sus pasitos contados.

En esta corriente, Joaquín Caro Romero nos ha hecho el servicio de recuperarnos, para palparnos la ropa y las señas de identidad en el plástico del bolsillo de dentro, al raro, maldito, olvidado, hereje e iconoclasta Rafael Lasso de la Vega (1). Se ve que a Caro Romero se le dan especialmente bien estos trabajos, por las breves páginas de introducción, por la elección de

(1) Rafael Lasso de la Vega: "Antología". Prólogo y selección de Joaquín Caro Romero. Epílogo de Jorge Guillén. Madrid, 1975. Ediciones Rialp, colección Adonais, núms. 322-323.



Joaquín Caro Romero.



Rafael Lasso de la Vega.

los poemas y hasta por la buena idea de pedirle a Jorge Guillén un poema sobre el marqués poeta como colofón.

Caro Romero, sin proponérselo, ha hecho "la biografía que nadie escribirá" de Rafael Lasso de la Vega. Por él nos hemos podido enterar compendiadoramente que Lasso nació en 1890 en la calle de la Venera, en el seno de una familia muy sevillana: nobilísima, pero sin un duro. Que después fue vecino de Villalón en la calle Alcázares. Que a los dieciocho años se fue a Madrid, como tantos, como casi todos, y empezó a publicar en "Los Lunes de El Imparcial". Que de la mano de Gómez Carrillo, a los diecinueve años, tenemos a Lasso en el París de Apollinaire, de Tristán Tzara, de Eluard...

Descendiente oscuro de Garcilaso y de don Pedro el Cruel, Lasso "tan pronto está en París como en Londres, Florencia,

Viena, Roma, Atenas... Navegando por el mar del Norte o por el mar Jónico. Conoce a Rubén. Convive con Picasso, Juan Gris, la Condesa de Noailles... Se relaciona con D'Annunzio, Cocteau, Maeterlinck... Y tropieza con quien sería el camarada bienhechor: Alejandro Mac Kinley".

De este católico y feo marqués dijo Eugenio Montale: "Despreciaba a casi todos sus contemporáneos y opinaba que era el único poeta español". La antología de sus raros versos nos ha ayudado a descubrir la universalidad de este poeta sevillano, de los maniqués de Knightsbridge a la plaza de la Gavidia, de los grises tejados de Passy o los canales de Roma a los cuartos donde Venus lo enfermó de amor, como una versión a lo humano del divino Miguel Mañara, calvo, con las cejas pintadas, con una sortija de escudo, una gorra inglesa y una petaca italiana con una enorme corona.

Los problemas de fijación de la obra completa, su aportación a los "ismos" españoles, un especial sentido cosmopolita de la cultura, muy lejos de los catones a que nos tienen acostumbrados los compadres del lugar; todos estos perfiles quedan claros en la recuperación de Adonais. Leyendo la antología de Lasso de la Vega, uno llega a pensar que nunca existieron poetas como Cavestany y que nunca se escribieron poemas como "El Parque de María Luisa". Y es que de un tiempo a esta parte, y por sus pasitos contados, estamos siendo protagonistas y espectadores de la recuperación de la verdadera Andalucía. ■ ANTONIO BURGOS.

## El maniqueísmo de Hermann Melville

Ya en la iconografía medieval —trasunto plástico del "Physiologos" alejandrino—, la ballena o "aspidoquelonio" era una bestia maligna y diabólica. Siglos más tarde, el mutilado capitán Ahab comprendería que su odiada "Moby Dick" era "la maldad ancestral existente desde el principio del mundo". Por su parte, don Benito Cereno, comandante de la nao española "Santo Domingo", veía en el negro Babo la "sombra de la